

tiene muchas llagas; pero quizá es la mayor la llaga económica, ese furor del bienestar material que precipita á todo el mundo sobre esa flaca y miserable presa que llamamos la tierra. Volved, volved al infinito: él solo es bastante grande para el hombre. Ni caminos de hierro, ni largas chimeneas de vapor, ni ninguna invencion agrandarán la tierra en una pulgada; aunque fuera tan pródiga como es avara, tan ilimitada como es estrecha, no seria para el hombre mas que un teatro indigno de él. Solo el alma tiene pan para todos, y alegría para una eternidad. Entrad en ella á velas desplegadas; volved Jesucristo al pobre, si quereis volverle su verdadero patrimonio; todo lo que hagáis por el pobre sin Jesucristo no hará mas que aumentar sus deseos, su orgullo y su desgracia.



SERMON TRIGÉSIMO CUARTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural respecto á la familia.

MONSEÑOR :

Señores :

La propiedad es una de las bases de la sociedad natural, no solamente porque sirve para la conservacion y la distribucion de la vida, sino tambien porque es necesaria para el sostenimiento de nuestra dignidad y de nuestra libertad. Sin embargo, el mundo pagano hizo de ella, desviándola de este doble objeto, un instrumento de miseria, de servidumbre y de degradacion, y ya habeis visto la dichosa revolucion realizada bajo este respecto por el derecho evangélico ó cristiano. El Evangelio ha restituido á los hombres la propiedad inalienable del trabajo, y no teniendo estos frecuentemente trabajo por causa de edad, de enfermedad ó de ocasion, ha creado para ellos una segunda propiedad en lo superfluo del rico y en la caridad de todos. Por estas dos disposiciones del derecho nuevo, ambas desconocidas á la antigüedad, se ha hecho la paz entre la humanidad rica y la humanidad pobre, ayudando la primera á la segunda y la segunda á la primera, uniendo ambas el amor á la justicia, y contentas con su suerte en

cuanto es posible llegar en este mundo á adquirir el contentamiento; porque en este punto, como en muchos otros, Señores, no debeis perder de vista que ninguna providencia lo puede todo para el hombre: cualquiera que sea el derecho, es posible el abuso por nuestra libertad, y la desgracia por el abuso. Toda la justicia y toda la caridad del Evangelio no podrian conjurar enteramente el efecto de nuestras pasiones, del egoismo, de la imprevision, de la molice y de tantas otras causas por las que abrimos en nosotros un abismo de miseria y de dolor. El hombre justo no acusará siempre á sus hermanos de los males en que ha caído, se acusará de ellos frecuentemente á sí mismo; perdonará tanto mas á Dios, cuanto menos se perdona á sí, y aun cuando fuera inocente, comprenderá tambien que no estando solo en el mundo, pueden corresponderle las faltas de otro y entristecer su destino. El Evangelio tiene la libertad por contrapeso; él no hace mas que milagros que no la destruyen.

Estando reglada la propiedad por la justicia y purificada por la caridad, aun no está todo hecho. Hay otra base de la sociedad natural, no menos importante, mas importante tal vez, si es posible asignar grados exactos á los elementos constitutivos del orden social: quiero hablar de la familia. Porque la sociedad humana no es una reunion de individuos diseminados, libres de toda otra consistencia que la de su personalidad; es un tejido de familias regulares, que hacen del hombre mismo una sociedad anterior á otra, sociedad de trabajo, de riqueza, de afecto, de fuerza, por la que se coloca el hombre como un sér en la plenitud de la naturaleza, conservando y propagando su vida, y partiendo de aquí para entrar en una sociedad mas vasta, á la que él lleva su existencia colectiva, y á la que pide en cambio

una participacion en mayores bienes: toda la extension, toda la gloria, toda la potestad de una patria.

Hoy me propongo examinar lo que ha hecho el derecho evangélico por la familia. La naturaleza misma del asunto exigirá de mí algunas veces que toque puntos delicados; espero permanecer en los limites consagrados por la lengua cristiana, y aun por la lengua de ese gran siglo de Luis XIV, á quien concedió Dios la gracia de hacer bien y de hablar aun mejor.

La familia se compone de tres clases de personas: el padre, la madre y el hijo. Hablaré del hijo solamente de una manera accesoria, porque su destino depende de las relaciones que existen entre el padre y la madre, y allí donde estas relaciones son justas y humanas, la suerte del hijo es tambien buena y feliz. Sepárole de la discusion para no complicarla inútilmente.

Segun la tradicion consignada en los libros santos, habiendo hecho Dios al hombre, le miró y vió que estaba solo. Envióle pues un sueño misterioso, y mientras se hallaba sumergido en él, poniendo la mano en su corazon, arrancó una parte del escudo natural que lo cubre, formó con ella un sér nuevo, y habiendo despertado al hombre, le presentó la compañera de su vida. El hombre enajenado, se reconoció en otro que en sí mismo, y pronunció la primera palabra de amor. *Hè aqui, dijo, el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne: esta será llamada varona, porque del varon fué tomada; y por ella dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne* (1). Esta palabra, Señores, ó mas bien este cántico encerraba toda la constitucion de la familia; la dignidad reciproca del hombre y de

(1) Génesis, cap. 2, vers. 23 y 24.

la mujer, la indisolubilidad de su union, y esta union en dos personas solamente. En primer lugar la dignidad, pues que la mujer habia sido tomada del hombre, y no podia jamás echarsele en cara el haber sido formada de un barro secundario; la indisolubilidad, pues que su union era en una sola carne; la unidad, pues que esta carne no era mas que de dos.

Y si, dejando aun la tradicion biblica, buscamos en nuestro corazon cuáles son las verdaderas relaciones del hombre y de la mujer, sacaremos tambien las mismas consecuencias. En realidad, el afecto mas querido, el mas penetrante, el mas amable, el que mejor encierra la idea de la felicidad, tal como la creemos, es, Señores, pesada en el peso del corazon, como en el peso del santuario, el afecto que une al hombre á su legitima compañera. Ahora bien, donde quiera que está el afecto, hay comunicacion de dignidad; el afecto no ha ultrajado jamás, él honra, él respeta, él venera, él eleva lo que es bajo para transfigurarlo en sí. Y aun es uno de los sueños de nuestra alma amar lo que es inferior á nosotros, para tener el placer de elevarlo hasta nosotros; sentimiento delicado, que experimenta el mismo Dios, y que nos explica todo lo que ha hecho por el hombre. Un antiguo ha dicho: *Amicitia pares invenit vel facit*; máxima cuya aplicacion es diaria, y que disminuye en beneficio de la felicidad la regularidad severa de las clases. Aplicase especialmente á la mujer, que ocupa naturalmente la mas alta dignidad, porque el amor que nosotros le dedicamos es el mas alto de todos los amores. Digo nosotros, Señores, porque aquellos mismos que están constituidos en la dignidad del sacerdocio y de la castidad eterna, tienen una madre, una hermana, y por consiguiente no están excluidos del afecto bendito de que hablo, don de Dios para todos los hombres y condimento sagrado de toda la vida.

En segundo lugar, el afecto produce naturalmente la indisolubilidad. ¿Qué sér hay tan poco entusiasta, cuando ama, para calcular el momento en que ya no amará? ¿Qué sér hay bastante indigno de concebir y de merecer el afecto, que vive con lo que ama, como si debiese no amarlo ya algun dia? ¿Quién de nosotros, al contrario (ilusion destruida con sobrada frecuencia, pero ilusion que nos honra), quién de nosotros, una vez que amó, no se persuade al menos en aquel momento que amará siempre con todo el entusiasmo y toda la juventud de su corazon? Nos engañamos, es verdad, pero no por eso deja de ser este el carácter innato de toda inclinacion formal.

La unidad es otro de sus caractéres. No se ama á tres, no se ama á dos. Es imposible representarse un afecto de la misma naturaleza y de la misma fuerza entre tres almas de hombres. Y esto consiste en la misma causa de haber tan poca capacidad en nosotros para amar. Nuestro amor es exclusivo; cuando nos damos, no nos damos mas que á uno, y ha sido necesario todo el poder de Jesucristo para comunicar extension á nuestros afectos sin destruir su energia.

Así pues, el corazon y la Biblia nos dicen una misma cosa, y en ningun otro punto están mas acordes; nos dicen que las relaciones del hombre y de la mujer son dignidad, indisolubilidad y unidad.

Pero cuando saliendo del corazon y de la Biblia entramos en la historia, ¿es este el espectáculo que se nos presenta? No, Señores, vemos todo lo contrario. El hombre, históricamente hablando, ha acumulado contra su compañera todas las durezas é incapacidades que ha podido imaginar. La ha hecho cautiva; la ha cubierto con un velo, ocultándola en el sitio mas secreto de su casa, como una divinidad malhechora ó como una esclava sospechosa; le ha

acortado los piés desde la infancia para impedirle que anduviese y llevase su corazón donde quisiera; la ha entregado á los trabajos mas penosos, como una sierva; le ha rehusado la instruccion y los placeres del espíritu, hasta que allá, en ciertas comarcas, hallando el viajero á este sér degradado y preguntándole por el camino, la mujer le respondia: « No lo sé, soy una mujer. » ¿Y qué no se ha hecho contra ella? Se la ha tomado en matrimonio bajo la forma de una compra y de una venta; se la ha declarado incapaz de suceder á su padre y á su madre, incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela de sus propios hijos, y volviendo ella misma á la tutela al disolverse el matrimonio por la muerte. En fin, la lectura de las diversas legislaciones paganas es una revelacion perpetua de su ignominia; y mas de uno, llevando la desconfianza hasta la extrema barbarie, ha obligado á seguir el cadáver de su marido á la esposa jóven y viva, y á sepultarse en su pira, para que, segun observa un jurisconsulto, estuviera en seguridad la vida del marido, sabiendo la mujer que no podia sobrevivirle en ningun caso.

¡Qué injurias, Señores, qué espantosa degradacion! Mas no es esto todo. Deshonrada ya con tantos ultrajes hechos á su debilidad, se ha unido á ellos la facultad de repudiarla. Ella ha venido jóven y hermosa, y se la despide marchitada por la edad ó las enfermedades, como un mueble de que nos deshacemos cuando está gastado por el uso, ó cuando nos fastidiamos de verle en nuestra casa. Los satiricos latinos nos han conservado algunas de estas escenas de infamia, y hasta las palabras insolentes del esclavo que iba á decir á la que era su señora el dia anterior que no era ya esclava como él.

! Y mucho mas aun: la simultaneidad en el matrimonio, manadas de estos séres tan dignos ante Dios

y ante nuestro corazón, manadas de mujeres encerradas como un rebaño entre cuatro paredes, y llegando á ser en el tedio de sus dias y de sus noches la presa, no diré de un afecto, sino de un momento de afecto en medio de siglos de olvido!

¡Hé aquí la historia, hé aquí la mujer en la historia!

Y aun cuando vino el Evangelio, cuando el Evangelio la levantó, como veremos ahora, no cesaron para ella de un golpe el oprobio y la servidumbre; no cesaron mas que en los países donde prevaleció el Evangelio, y en todos los demás ha permanecido en la suerte que se podria llamar su suerte natural. Teneis la prueba de ello bastante cerca de vosotros. ¿Se ha cuidado acaso el musulman, que vino seis siglos despues del Evangelio, de volver á la mujer su dignidad? Él ha levantado á vuestras puertas, para desafiaros, las cuatro paredes del cautiverio y del desprecio; ha amontonado los objetos de su débil concupiscencia, aunque tal vez no los haya marcado todos con el mismo grado de servidumbre y de infamia; pero ¿qué importa el color de estimacion en el oprobio, y el grado de favor en la opresion? La sultana reina en cuanto puede reinar en un corazón que se reparte y se disipa; ella reina en él como no quisiera reinar la última aldeana de Francia. El espectáculo de las costumbres musulmanas en los pueblos que no carecen de grandeza nativa, es una advertencia de la Providencia á la mujer cristiana, tentada de apostasia por la severidad del Evangelio; ella aprende en este lo que cuesta el amor que está bajo la proteccion de Dios, y lo que llega á ser la adoracion del hombre á la mañana siguiente del dia en que no adora ya á Jesucristo. Ella aprende el grado de bajeza á que descende desde que Jesucristo no tiene la mano sobre el hombre para contenerle y purificarle, para

contener y purificar á su compañera, y convertirlos á entrambos en un santuario de amor fiel y respetuoso.

Hasta entre nosotros, Señores, desde que bajan las aguas evangélicas, ¿qué es lo que oímos? El grito sordo del divorcio, la hestia humana que aulla al lado de la libertad brutal, y pide que se la liberte de un deber insostenible á sus deseos. Nosotros hemos oído este grito vergonzoso, y aun ha triunfado un momento en nuestra patria, y aun triunfa en una parte de Europa, en que está mal defendido el cristianismo por el cisma y la herejía: allí se ve arrojar á una mujer, y á una mujer cristiana, de la familia que ha fundado con su sangre; ella cesa de ser madre cesando de ser esposa; quitasele por el divorcio, como se divide un rebaño, una parte de los hijos que ha llevado en su seno, que ha alimentado con sus lágrimas y con su amor. Pero al menos á la loba á quien en medio de los bosques se le roban sus lobatos, se le hace una injuria que ella siente; ¿y vosotros, en país cristiano, arrancais el hijo á su madre, y no teméis hacerle una injuria que no os perdonaría el tigre en la caverna de sus desiertos?

¿Cómo explicar tan extraño trastorno de las leyes de la naturaleza y del afecto? Comprendo el abuso de la propiedad, la esclavitud. El esclavo es un extranjero; él ha caído en esta condicion por la suerte de la guerra ó del nacimiento; no es nada para los recuerdos de su señor y para su corazón. Pero ¿por qué deshonorar á la compañera que ha elegido el hombre, que ha recibido los juramentos de su juventud, que es su igual por la sangre, que ha vivido en su hogar, á la que ha abierto su alma, que le ha dado días que se han grabado en su memoria é hijos que han crecido á sus ojos? ¿Qué ha hecho ella? ¿Qué adelanta el hombre con esto? ¡Ah! voy á decir,

Señores, lo que adelanta; porque, en fin, debemos conocer bien las causas despues de haber visto el fenómeno; debemos penetrar el fondo del hombre y explorar toda su corrupcion, para que se nos aparezca tal cual es toda la restauracion evangélica.

Tres egoismos han concurrido en el corazón del hombre para el envilecimiento de la mujer. El primero es el egoismo de los zelos. Nosotros amamos, es cierto; pero somos tan poca cosa para ser amados, pasan los años tan presto y se llevan tan rápidamente los encantos de nuestra juventud, que llega un momento en que dudamos de nosotros mismos y de nuestra aptitud para merecer el afecto. No nos engañamos. No obstante queremos retener lo que ya no vendrá á nosotros por sí mismo; aspiramos á una pasión cuyo día está ya lejano; mas bien que obedecer á la naturaleza queremos violentarla, y resucitar con la servidumbre lo que se nos ha arrebatado por la libertad. Hé aquí la razón secreta que ha condenado por todas partes á la mujer á un ilotismo mas ó menos pronunciado.

Otro egoismo, el de la lasitud, ha trabajado contra ella en otro sentido. Nos cansamos, despertámonos un día como de un sueño, admirámonos de no amar lo que en el día anterior adorábamos aun; y nos preguntamos por qué. Nada ha cambiado mas que el corazón; pero el corazón ha cambiado, y este es un golpe de que no se recobra jamás. ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo vivir en el suplicio de ver con indiferencia el objeto que veíamos con transporte? La disolubilidad del matrimonio es la recompensa de nuestra inconstancia en esta cuestion. Los zelos hacían á la mujer cautiva; la lasitud la arroja.

Queda otro tercer partido para el tercer egoismo, que es el de la similitud. Lo mismo que nos damos á nosotros mismos es tan sutil, que necesi-

mos algunas veces, para conseguir todos nuestros goces ó conveniencias, unir el hábito á la novedad. Lo conseguimos multiplicando el matrimonio, y así formamos á la pasion un séquito donde el recuerdo es tan vivo como el capricho, donde se mezclan todos los tiempos, donde cada dia lleva á una inagotable inconstancia una boda y un repudio.

Tal es el hombre, y este triple egoismo se reduce á uno solo, que es no tener amor. Esta es la acusacion que hace S. Pablo á los paganos, cuando despues de haber enumerado todos sus crímenes concluye acusándolos de no haber tenido *afecto* (1). El amor puramente humano es una efervescencia pasajera, producida por causas que no tienen en si poca duracion; nace por la mañana y se marchita por la tarde. No es acto de un hombre dueño de si, seguro de su voluntad y llevando la energia del deber hasta en los goces íntimos del corazon. El amor verdadero es una virtud; supone un alma constante y fuerte, que sin ser insensible á los dones fugitivos penetra hasta la region inmutable de lo bello, y descubre en sus mismas ruinas una florescencia que la mueve y la detiene. Pero solo el alma cristiana tiene este gusto creador; las demás se detienen en la superficie y ven la muerte en todas partes. Dos jóvenes se adelantan al altar, á esa bella ceremonia de las nupcias; consigo llevan toda la alegría y toda la sinceridad de su juventud; hanse jurado un amor eterno. Pero pronto se disminuye la alegría, vacila la fidelidad, la eternidad de sus juramentos huye poco á poco. ¿Qué ha sucedido? Nada; ha seguido una hora á otra hora; ambos esposos son lo que eran, salvo una hora mas. Pero una hora es mucho tiempo hallándose fuera de Dios. Dios no habia intervenido en sus juramentos,

(1) Epistola á los Romanos, cap. 1, vers. 31.

él no ha sido el cómplice de su amor, y su amor concluye porque solo Dios no concluye.

Volvámonos á este lado, y despues de tan tristes espectáculos, veamos lo que ha hecho Dios por medio del Evangelio para la rehabilitacion de la mujer.

El Evangelio ha vuelto á la mujer la libertad, la instruccion, todos los derechos civiles. Pero ha creado además para ella tres ministerios que le dan una gloriosa accion en los destinos del género humano. El primero es el ministerio del respeto. El respeto es un temor dulce y piadoso. Cuando encontramos á un hombre cargado de años y de servicios, cubierta la frente con vivas señales de virtud, nos sentimos, aunque iguales á él, afectados de un sentimiento que no nos causa ninguna pena, pero que no obstante nos quita la confianza de la familiaridad: este sentimiento es el respeto. El respeto es la confesion voluntaria de una dignidad que nos manda sin necesidad de darnos órdenes; entra como un condimento necesario en todas las relaciones del hombre entre sí, y el afecto mas tierno no excluye su expresion, por templada que llegue á ser en sus manos. Sin el respeto toca el hombre á la groseria de la barbarie, y desconoce la dignidad real que está en él. El respeto, Señores, ha descendido sobre nosotros de Dios mismo, que nos ha formado á su imágen. En Dios hay una majestad que repeleria, si estuviera sola; pero estando esta majestad suprema unida á una bondad suprema, resulta de esta mezcla infalible una fisonomia que atrae sin perder nada de su grandeza. Es un reflejo de este matiz que reside en nosotros, y que produce el respeto.

Ahora bien, Señores, nosotros estamos sujetos á olvidar ó á desconocer esta parte de nuestra celestial dotacion. Los abusos de la igualdad, la degradacion del vicio, la falta de delicadeza del espíritu nos con-